

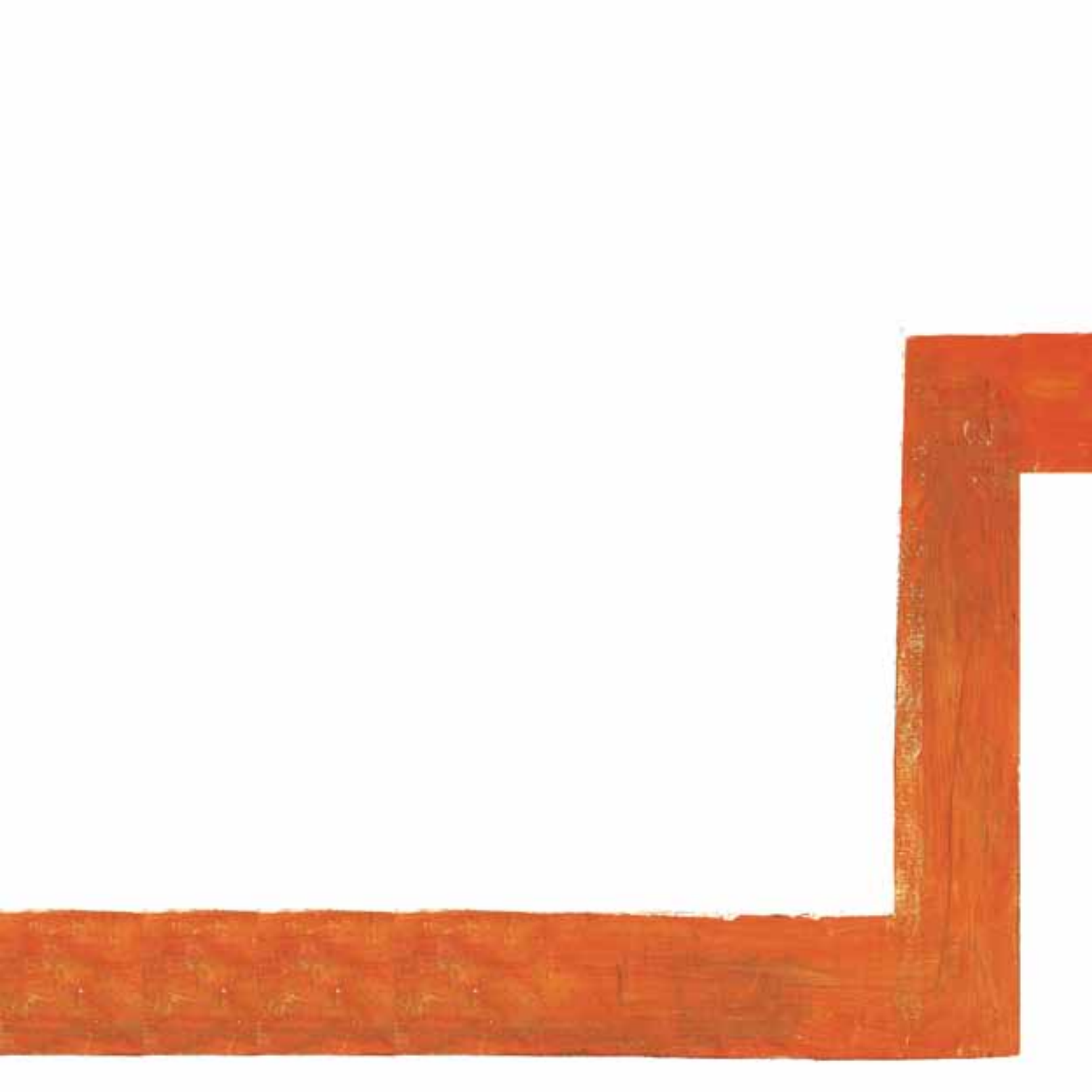


¡Al rescate!

Judy Goldman

Ilustraciones:
Irma Bastida Herrera









iAl
res
ca
te!

Judy Goldman obtuvo el premio único de cuento infantil en el tercer Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por Felipe Garrido, Francisco Hinojosa y Gilberto Rendón Ortiz.

iAl res ca te!

Judy Goldman

Ilustraciones: Irma Bastida Herrera

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

iAl rescate!

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Judith Goldman Steele, por texto

© Irma Bastida Herrera, por ilustraciones

ISBN: 978-607-490-293-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/24/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



¿Quién rescató a quién? Es algo que el muchacho se preguntó desde ese día, cuando las cosas cambiaron por completo.





Un día en la vida

El despertador sonó, como siempre entre semana, a las 6:32 de la mañana. Sapo le aventó la almohada, que cayó corta, se dio la vuelta en la cama y jaló las cobijas para taparse la cabeza, tratando de evitar la parte más fría de la cama y el sonido del reloj que le taladró el cerebro.

Su papá entró unos minutos más tarde y le sacudió el hombro. Sapo no tuvo más remedio que voltearse y medio abrir los ojos.

Por las bolsotas oscuras debajo de sus ojos negros supo que, de nuevo, su papá no había dormido. Así estaba desde hace un año, tres meses y doce días. Además, era médico investigador de cosas que tienen que ver con el cerebro y estaba en la parte más difícil de un estudio “muy delicado”, como decía. Cada vez que llevaba a cabo un experimento no pensaba,



por ejemplo, en comer, lavarse los dientes o peinarse y, entre más complicado, más borraba todo lo que lo rodeaba. Varias veces, a Sapo le tocó ponerle el tenedor en la mano para que comiera lo que estaba en el plato enfrente de él y una vez hasta tuvo que recordarle que se pusiera el pantalón para que no saliera de la casa en chones.

Esa mañana, su papá le dijo:

—Ándale, Sapo. Si no te levantas ahora vas a llegar tarde al colegio —y, como zombi, dio media vuelta y salió del cuarto.

Sí, le decían Sapo, aunque ése no era su nombre de a de veras. Su nombre era Segismundo Anacleto Pafnuncio Osnaya y, desde que tuvo memoria, todos le decían Sapo, por eso de las iniciales.

Al nacer, sus papás le pusieron los nombres de tres tíos abuelos. Claro que, entre las opciones de nombres, Sergio y Alejandro eran los que más les gustaron; pero así le pusieron para ver si les tocaba algo de “la herencia”, porque los tres, arrugados como pasitas, tenían, sumando sus edades, como quinientos años, eran solterones y la familia Osnaya entera estaba segura de que eran inmensamente ricos.

Vivían en una enorme casona por los rumbos de Santa María la Ribera. La casa era de altos techos, ventanas pequeñas, fachada de tezontle y pasillos más que oscuros. Se estaba cayendo a pedazos; cada vez que llovía tenían que correr a poner cubetas y botes por todos lados y algunas ventanas estaban rotas. Por eso, sólo vivían en la parte de la casa que estaba más o menos habitable y al resto no le hicieron ningún caso. Además, se decía que, desde la época de la Revolución, sus antepasados habían escondido montones de dinero, monedas de oro y joyas en las paredes de la casa o los habían enterrado en el enorme jardín.

Los tres tíos se fueron al panteón de Dolores —donde la familia tenía un gran mausoleo— más o menos al mismo tiempo y, cuando le llegó su hora al último, en su testamento le dejó todo a una tal Claudia, una sobrina lejana que vivía en Chihuahua y que casi nadie conocía.

En cuanto ella se enteró de la herencia tomó un vuelo a Ciudad de México y se instaló en la casa. Al día siguiente contrató a unos albañiles, armados con grandes mazos y palas, quienes se pusieron a hacer hoyos

en las paredes de la casa y a escarbar todo el jardín, buscando el tesoro. Después de varios días, lo único que encontraron fueron ratones, arañas y cientos de lombrices.

Una noche, cuando Claudia fue al baño, en uno de esos oscurísimos pasillos, se topó con el fantasma de un monje que cargaba su cabeza bajo el brazo y flotaba a unos centímetros sobre el piso. A ella se le pararon los pelos de punta, gritó tan fuerte que se la escuchó a cinco cuerdas de distancia, y el espíritu se asustó tanto de verla que soltó su cabeza.

Mientras el fantasma corrió detrás de su cabeza, que rodó por el pasillo hasta que atravesó un muro, la muchacha corrió hasta su cuarto, aventó la puerta tan fuerte que casi se desprende de las bisagras, le dio vuelta a la llave y pasó el resto de la noche temblando y sin dormir.

Al día siguiente, la casa fue puesta en venta y Sapo con lo único que se quedó fue con sus nombres. Siempre que se quejaba de ellos, su papá le decía que debería dar gracias que ninguno de los tíos se llamara Mamerto.

En fin, esa mañana Sapo se bañó (aunque no le veía el caso porque lo había

hecho un día antes) y se puso el aburrido uniforme: pantalón gris rata, camisa blanca limpia y bien planchada (era un as quitando manchas y con la plancha), suéter azul marino con el escudo del colegio y los zapatos negros boleados. Él hubiera preferido ir de *jeans*, camiseta y tenis, pero nadie le pidió su opinión sobre el uniforme.

Luego, como todas las mañanas, fue a la cocina y preparó el desayuno. Puso la cafetera y, en un comal bien caliente, preparó quesadillas de queso y frijoles refritos con mucha salsa verde, algo que hacía muy bien.

En eso, su papá entró a la cocina, se sentó en la silla de vinilo roja, descansó los codos en la cubierta de la mesa y colocó su mentón en la palma de la mano izquierda. Dos segundos después empezó a roncar. Sapo lo despertó con un leve toque en el hombro y le puso la taza de café en la otra mano. Su papá era de ese tipo de persona que, en la mañana, no reacciona hasta que bebe un café bien cargado. Medio empezaba a despertarse con la primera taza, pero hasta que se tomaba la segunda ya se podía decir que estaba casi presente en cuerpo y alma.

Ese día desayunaron como ya era costumbre: papá con la mirada perdida en el espacio y Sapo con la nariz pegada a un libro de aventuras. Cuando terminaron, el papá se fue a su recámara a vestirse y Sapo lavó los trastes; después, agarró la mochila y el libro y dejó el departamento.

Bajó un piso corriendo por las escaleras y salió del edificio. En la calle saludó a Susana, la portera del edificio, y a Pancho, un exluchador, quien tenía un puesto de jugos y fruta en la esquina. Los dos eran sus amigos.

Susana era lavadora de coches, electricista, plomera, cerrajera, carpintera, pintora y hacía las mejores enchiladas de la zona. Además de enseñarle a Sapo cómo hacer las enchiladas —llenas de pollo deshebrado, salsa verde y mucha crema y queso—, ya había empezado a mostrarle cómo hacer algunas reparaciones sencillas porque siempre decía que todos deberían saberlas. Hasta le regaló varias herramientas usadas para que las tuviera a la mano cuando las necesitara.

Pancho fue luchador, de esos que salen en la tele, hasta que un día el Brodi,





su archienemigo en el ring, le aplicó una llave y lo tumbó. Se lastimó la espalda y, como ya no pudo seguir en la lucha libre, con sus ahorros puso su negocio. Él se llamaba el Látigo Escarlata y luchó en la Arena México. Se ponía una máscara dorada y escarlata (no roja, decía él, porque era una forma más común de decirle al color) y salía al ring con un látigo que tronaba en el aire y usaba una capa de terciopelo escarlata.

A Sapo le encantaba escuchar sus aventuras en la lucha libre. Le costaba trabajo creerlo, porque tenía una barrigota que iba por delante de él como ballena en alta mar. Pancho decía que era el más rudo de los rudos y algunas personas le tenían tanto miedo que, cuando lo veían, corrían a esconderse. Otras lo querían mucho y le pedían autógrafos y se tomaban fotos con él.

Sapo quería ser fuerte y rudo, pero era todo lo contrario: se paraba frente al espejo muchas veces, hacía caras feroces y poses de luchador, enseñaba los dientes y gruñía pero ni él lo creía.

Un día, Pancho se quedó mirándolo y, después de sobarse la barba, dijo:

—¿Sabes, Sapo? No puede ser que seas tan tímido y miedoso que te pongas a temblar como gelatina cuando alguien se te acerca. Si sigues así, la gente no te va a tomar en cuenta. Eres tan debilucho que si sopla un aire fuerte te va a levantar como la hoja de un árbol y quién sabe dónde vas a aterrizar. ¿Quieres que te ayude a cambiar eso?

Sin creer su buena suerte, Sapo asintió con la cabeza.

A partir de ese día, Pancho le enseñó varios ejercicios para los brazos y las piernas y abdominales, y aunque le chocaron los hizo de todos modos. Según el exluchador, había que hacerlos todos los días incluyendo como ochocientas lagartijas (por lo menos eso le pareció al muchacho). Al principio hizo una lagartija a duras penas, luego, poco a poco, le subió a nueve y, un día, a doce. Pancho también le aconsejó, varias veces, que no se metiera en problemas; no obstante, si alguien le buscaba pleito, tenía que saber defenderse. Por eso también le enseñó varias llaves de lucha libre que se usaban para tirar al rival a la lona o despistarle para meterle una zancadilla y tumbarlo.

Las llaves tenían nombres muy chistosos como *el tlacuache* y *el huracán*. Pancho era conocido por una en especial, *el gorila*: primero batía su pecho y rugía como lo hacen esos primates, y luego se lanzaba hacia su rival, enrollaba sus piernas en su cintura y sus brazos en su cuello y, ¡crac!, lo tumbaba.

Dijo que nunca le falló. Bueno, más bien fue así hasta que el Brodi terminó con su carrera.

Desde que Sapo empezó a entrenar, practicó *el gorila* todos los días con un gigantesco oso de peluche que tenía desde que era un bebé. Batía su pecho, rugía, luego se lanzaba hacia el oso. Al principio ni siquiera lo movió un milímetro, pero poco a poco, lo hizo mejor hasta que, por fin, hace unos días logró tumbarlo.

Sapo se emocionó tanto que se sintió como un superhéroe, como esos que salen en las historietas que compraba cada semana. En cuanto su papá le daba su domingo se bajaba de volada a comprarlas al puesto de la esquina. Las que más le gustaban eran las de los superhéroes que salvan al mundo y las de valientes exploradores que osan ir donde nadie más lo ha

hecho. Aunque le chocaban los uniformes que usaban los superhéroes (el usaría *jeans*, una camiseta y tenis y, nunca de los nunca, una capa), soñaba ser como ellos para tener poderes, volar por los aires, trepar edificios y —¡pas, pum, pas!— atrapar a los malhechores; o como los aventureros para, eso sí, ponerse un casco de cazador e irse a explorar las selvas de Yucatán o el Amazonas, a rescatar tesoros milenarios o encontrar las fantásticas ruinas de ciudades desconocidas, o a África para buscar minas de oro y diamantes.

Cuando Sapo era más chico, su papá le contó que a él también le encantaban las historietas cuando tenía su edad. Tenía montones de ellas en su librero, en el baño, en el clóset y hasta debajo de su cama; pero un día entró su mamá a limpiar y, ¡zas!, las tiró todas a la basura. Decía que si no fuera por eso ahora serían millonarios porque tenía primeros ejemplares de algunos y otros que ahora eran de colección. Hasta hace un año, tres meses y doce días todavía le gustaba leerlas y los fines de semana o después de cenar los dos se divertían intercambiando historietas.





En la escuela

Ese día, cuando llegó a la escuela —que se llama Próceres de la Libertad, mejor conocida como la Líber—, Sapo no saludó a nadie y nadie lo saludó porque no tenía amigos. Cuando su papá lo registró en la Líber, todos los grupos ya estaban hechos y nadie le prestó atención y a él le dio pena acercarse a los demás, aunque quería estar con ellos. A la hora del recreo no se quedaba, como todos, en el patio a correr o platicar, sino que se sentaba en una banca debajo de las ramas de un árbol y leía hasta que sonaba la campana. Entonces se iba derecho al salón de sexto B, donde era el primero en entrar. Se sentaba en la banca de siempre, que estaba cerca de la ventana y ni muy adelante, donde se sentaban los matados, ni muy atrás, donde se sentaban los astronautas, quienes

eternamente andaban con la mirada perdida en el espacio.

Ese día, después de pasar lista, la *miss* Edelmira recargó su amplio trasero en el escritorio de madera y dijo:

—Niños y niñas, saquen su libro de ciencias. Hoy vamos a aprender algo de lo más fascinante... ¡el sistema nervioso y el maravilloso cerebro!

¡Uf! Eso ya me lo sé..., pensó Sapo. Sacó el libro de ciencias, lo abrió y colocó adentro de él el libro que trajo de su casa. Le encantaba la ciencia pero, para él, la clase era de lo más aburrida porque estaban viendo cosas que su papá le enseñó hace mucho. Por esta razón, durante la clase leía o también era astronauta y se la pasaba en la luna, viendo las nubes y el cielo por la ventana.

El libro que escondió en el de ciencias era de lo más emocionante. Estaba en la parte donde los malvados piratas, liderados por el azote del Caribe, el temible Barbaverde (por tenerla sucia y llena de comida podrida), estaban a punto de capturar a don Diego Santiago Lorenzo Ignacio Ibirrinaguirre, galante capitán del galeón español que transportaba una

fortuna en oro, cuando, de repente, sintió cosquillitas en la frente.

Levantó los ojos y la cara de la *miss* Edelmira estaba tan cerca que hasta vio unos pelitos negros arriba de su labio.

—¿No le gustaría que le pusiera un cómodo sillón en la parte de atrás del salón para que pueda seguir leyendo, señor Osnaya? —dijo, cada vez en un tono más fuerte—. ¿No? Entonces, en ese caso, le recomiendo que preste atención a la clase para ver si algo penetra en esa cabeza hueca. ¿O es que la clase no le gusta, señor Osnaya?

Medio atolondrado y sin pensarlo, Sapo dijo:

—Es que es muy aburrida.

¡Órale! En ese momento se despabiló por completo porque la cara de la *miss* Edelmira se puso roja, roja, roja —como una fresa, un camarón, un jitomate— y se empezó a inflar como un pez globo lleno de espinas que vio una vez en un mercado de artesanías en Acapulco.

La maestra se llevó una mano al pecho y la otra a la frente y, con voz entrecortada, exclamó:

—¿Aburrida? ¿A-bu-rri-da? ¿Cómo te atreves a decirme eso, escuincle? ¿A mí, que he dado mi vida entera a los niños, que he educado a cientos y cientos de ellos? ¡Esto no se quedará así! ¡Pasa al pizarrón!

Sapo se paró y al dar el primer paso alguien le puso el pie, se tropezó y cayó de rodillas. El muchacho volteó para ver quién lo había hecho y vio a Mateo, quien se sentaba justo atrás de él, con la boca arrugada, chiflando en silencio, y viendo hacia el techo, como si las manchas de las filtraciones de agua ahí fueran de lo más interesantes.

Sapo se puso de pie y casi se muere al darse cuenta de que había caído justo donde estaba la banca de... Araceli.

Araceli, la niña que se sentaba enfrente de él y que de repente le sonreía.

Araceli, la niña con los ojos negros más bonitos que había visto en su vida.

Araceli, la niña más linda del salón, que traía su largo pelo negro en dos gruesas trenzas que rebotaban cuando corría y que siempre se ponía unos *shorts* arremangados que quedaban cubiertos por la falda tableada del uniforme.

Cuando la vio, Sapo suspiró y pensó: *¡Ay, Araceli...!*, y puso cara de lelo. Y se quedó ahí, como estatua de sal, hasta que se dio cuenta de que el salón estaba en silencio total y todos lo estaban viendo.

Se puso colorado como un camarón, un jitomate, una fresa... Y entonces todos se botaron de la risa.

Pasó al frente y acabó escribiendo cien veces en el pizarrón: *No seré grosero con la maestra y no leeré otros libros durante la clase.*

Lo único que lo consoló fue pensar que a la *miss* Edelmira seguro le chocaba que siempre se sacaba diez en los exámenes de ciencias.



Unos gemidos

Al sonar la campana, todos huyeron de la escuela como si los hubieran liberado de la cárcel. En la puerta que daba a la calle, Sapo se detuvo un momento y sacó de la mochila el libro que tantos problemas le causó y, caminando con la nariz metida en él y sin prestarle atención a nada ni a nadie, se fue a la casa.

Conocía muy bien las calles cerca de su departamento y, aunque iba concentrado en la lectura, nunca se había caído o tropezado porque sabía dónde estaba cada poste, semáforo y árbol, también todos los baches en la calle y los hoyos y grietas en la banqueta. Sólo se detenía cuando cruzaba una calle porque no quería acabar convertido en puré de niño.

Cuando llegó al edificio, sin quitar los ojos del libro, metió la mano adentro de la mochila y buscó el llavero, abrió la puerta



con una llave, caminó por el pasillo, subió por la escalera al primer piso y, con otra llave, entró al departamento.

Todo estaba en silencio. Encendió la radio y sintonizó su estación favorita. Después de calentar el pollo con mole, arroz y frijoles en el horno de microondas, comió, casi sin darse cuenta de lo que metía en su boca y con la nariz pegada al libro; luego se recostó en el sofá para seguir leyendo. La tarea de matemáticas tendría que esperar para más tarde.

En eso oyó unos gemidos. Se quedó callado y, cuando se dio cuenta de dónde venían, se acercó a la ventana del baño, que daba al edificio que estaba justo atrás del suyo. La abrió y vio que, en la planta baja del cubo de luz, había un perro de pelo dorado.

Aunque de buen tamaño, se notaba a leguas que era un cachorro. Daba vueltas por el pequeño espacio y arañaba la puerta. Sapo hizo un ruido y el perro se volteó y ladró. Brincó para apoyar sus patas delanteras en la pared, meneando tanto la cola que parecía que se le iba a caer.

—¡Hola, chiquito! —dijo Sapo—. ¿Quién te dejó encerrado ahí? Ojalá que sea nada más por un rato.

Después de un momento de morirse de ganas de acariciarlo y jugar con él, el muchacho se despidió y cerró la ventana. Ya no pudo leer porque el perro siguió gimiendo por largo rato hasta que hubo silencio. Cuando Sapo de nuevo miró por la ventana, el can estaba dormido, las cuatro patas al aire.

Al día siguiente, el perro seguía allí y nada había cambiado: gemía, dormía, arañaba la puerta y ladraba. Alguien le había dejado una cubeta de plástico con agua y algo de alimento seco para perros, pero no tenía una casa ni un techo para resguardarse del sol o de los fuertes chubascos que caían casi todos los días durante la época de lluvias. Sapo se asomó varias veces y platicó un rato con él. Éste, como loco, ladró y brincó para alcanzarlo. Aunque Sapo sacó el brazo y lo estiró para tratar de acariciarlo ni siquiera lo pudo tocar.

No era justo que lo dejaran encerrado de esa forma. Esa noche, cuando llegó su papá, Sapo le platicó del perro.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó.

—Nada —fue la respuesta vaga de su padre—. Es de otra persona y no nos podemos meter en asuntos ajenos.



—¡Pero es un bebé, está solo y nadie lo cuida ni juega con él! Tiene mucha hambre porque le dan poca comida. Además, aunque le dejan una cubeta de agua, muchas veces juega con ella y la riega. El lugar está muy sucio porque no lo limpian. ¡NO LO PODEMOS DEJAR ASÍ!

—Mmmmm —dijo su papá de manera vaga y, cuando terminó de cenar, se fue a la sala supuestamente a ver la televisión y, como siempre, empezó a roncar unos minutos después.

La mañana siguiente fue feriado por ser 20 de noviembre, día de la Revolución, y no hubo clases. Sapo miró por la ventana y notó que el perro no tenía agua. Por suerte, como la cubeta estaba colocada junto a la pared que estaba justo debajo de la ventana, fue a la cocina por una jarra y la llenó de agua. Con cuidado, sacó el brazo y la jarra por la ventana y vertió el agua procurando que cayera en la cubeta. El perro tenía tanta sed que se la acabó toda y Sapo le dio más.

Después, Sapo se percató de que no tenía comida y decidió hacer algo al respecto. Fue al cajón donde guardaba sus ahorros, tomó lo que había allí y salió del departamento.





En el supermercado

Sapo fue al supermercado que estaba cerca de su casa. Después de recorrer varios pasillos —donde había arroz, sopas, latas de chile, pan, galletas, cereales y leche— y batallar con el carrito de ruedas chuecas y rechinantes que se iba por donde quería, por fin localizó la sección de comida para perros.

Se quedó pasmado. ¡Había montones! Para cachorros, adultos y de edad avanzada; en envolturas de vivos tonos rojos y amarillos y con fotos de hermosos perros con la lengua de fuera, corriendo en prados verdes y con el pelo flotando en el aire. Había alimento en cajas y bolsas y hasta bultos aproximadamente de su tamaño. No tenía idea de cuál escoger.

Estaba leyendo lo que decía en una caja cuando escuchó:

—Hola, Sapo.

Levantó la mirada y abrió los ojos como platos.

¡Era Araceli!

En una mano traía una bolsa con agua y un pez dorado y en la otra una dona espolvoreada con azúcar glas. Alrededor de la boca tenía mucha azúcar y su camiseta verde y *jeans* azules estaban rociados de manchas blancas y migajas.

—Este... este... —tartamudeó y sintió cómo le subió una onda de calor por el cuello hasta que llegó a su cara.

Araceli era una niña y él, pues, él... casi nunca hablaba con niñas. Bueno, más bien, lo había intentado y no lo había logrado. Siempre que las veía, cuchicheando y riendo en el patio de la escuela o en el salón antes de que llegara la maestra, intentaba acercarse pero sus piernas, como si fueran independientes, le daban la media vuelta y lo regresaban a leer a su lugar acostumbrado. Igualmente, estaba seguro de que ellas no le hacían caso a tipos como él.

A la que más observaba a escondidas era a Araceli, quien se sacaba buenas calificaciones (menos en matemáticas pero,

bueno, nadie es perfecto), tenía las pestañas más largas del mundo y, cada vez que había oportunidad, comía. Hasta lo hacía a escondidas durante la clase mientras la *miss* Edelmira, de espaldas al salón, escribía en el pizarrón. En ese momento sacaba un dulce que tenía escondido en el bolsillo del suéter (que ya traía desenvuelto para no hacer ruido) y, con todo y pelusa, se lo echaba a la boca. En el momento que salían al recreo, abría la lonchera y se zampaba los trozos de pepino, jícama o zanahoria bañados en jugo de limón y atascados de chile que le mandaba su mamá. Después iba a la tienda y pedía una enorme torta de pollo con frijoles, aguacate y jitomate.

¡Y ahora estaba enfrente de él!

—Vine a comprar un pez para mi pecera —dijo Araceli, y le enseñó la bolsa donde nadaba un pez dorado—. Tengo una perra gran danés que se llama Eulalia, dos tarántulas que se llaman Hércules y Sansón, un hámster que se llama Polidoro, y, con éste, once peces dorados. Todos se llaman Juan porque están igualitos. ¿Tú, qué tienes?

—Este... este... —balbuceó y tuvo ganas de darse una patada.

—¿Quieres una mordida de dona?
Está riquísima.

—Este... este... —dijo y quiso darse un par de cabezazos contra una pared.

Por fin, Sapo se armó de valor y dijo:

—Yo no tengo una mascota. Lo que quiero es darle de comer a un cachorro, pero no sé qué comprarle.

—¿No lo alimentan sus dueños?

—preguntó Araceli y, al desaparecer el último pedazo de dona dentro de su boca, puso la bolsa con el pez en un estante y se limpió las manos en el pantalón.

Sapo le contó lo que pasaba con el perro. Araceli abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Eso no puede quedarse así! Mira, el alimento que debes comprar es éste, es el que yo le doy a mi perra que, aunque grandota, todavía es una bebé —y señaló una bolsa que estaba en los estantes.

Después dijo:

—¡Ya sé! Quiero ver al perro. Le voy a decir a mi mamá que voy a tu casa. ¿Dónde vives?

Sin creer su buena fortuna, Sapo le dio la dirección. Ella dio unos pasos en reversa y dijo:

—Qué buena onda. ¡Mi casa está en la misma cuadra! Nos vemos en las cajas.

Antes de que él pudiera decir cualquier cosa, Araceli corrió y, al mismo tiempo, sus trenzas saltaron y la bolsa con el pez botó en su mano.

Pobre Juan, seguro llegó pálido y mareado.

Sapo agarró el alimento que le recomendó Araceli. Cuando estaba pagando en la caja, llegó ella y dijo:

—Mi mamá se va a llevar a Juan y después le hablo para avisarle a qué hora regreso.

Todo el camino a la casa Sapo se quedó callado, por eso de que él no sabía hablar con las niñas; sin embargo, Araceli no se dio cuenta. Le platicó de sus mascotas, de sus padres y tres hermanos mayores, de los juegos de video que le fascinaban, de los libros de aventuras y fantasía que le gustaban, de los deportes que practicaba (fútbol y básquetbol) y de las últimas vacaciones, cuando fue al rancho de sus abuelos y aprendió a ordeñar a las vacas y hacer queso. También le contó que va a ser veterinaria.



Al entrar al departamento, lo primero que hicieron fue ir a la ventana del baño para ver al perro. En cuanto Sapo abrió la ventana, el cachorro ladró y meneó la cola.

—¡Qué lindo está! —dijo Araceli al asomarse—. ¿Cómo se llama?

—No sé, pero yo le puse Simón. Ese nombre me gusta mucho —dijo Sapo.

Lo que no le contó fue que quería ponerle Jorge, aunque después decidió no hacerlo porque así pensaba llamarse algún día cuando fuera grande y pudiera cambiar su nombre.

—Le queda muy bien —dijo Araceli—. Y ahora, vamos a darle de comer.

Abrieron la bolsa y le aventaron algunas croquetas. En cuanto cayeron al piso, Simón, como aspiradora, se las comió y tomó bastante agua. Después hizo un charcote de pipí, bostezó, dio seis vueltas, se acostó y, con un gran suspiro, se durmió.

Al cerrar la ventana, Araceli dijo:

—Simón no se puede quedar así. Hay que ver de quién es porque es un crimen dejar a un animal en esas condiciones. Oye, me muero de hambre. ¿Qué hay para comer?

Fueron a la cocina y, después de buscar en las repisas de la alacena, Sapo encontró una lata de duraznos en almíbar.



La abrió y colocó algunos duraznos en un plato hondo. Como a las visitas, especialmente a ésta, había que tratarlas muy bien, del refrigerador sacó un frasco de cerezas en almíbar y una lata de crema *chantilly*. La agitó mucho, hizo una montaña de crema encima de los duraznos y colocó una cereza en la cima.

Mientras Araceli saboreó todo, comentó:

—Mi mamá dice que he de tener una enorme lombriz en la panza que se come todo porque no se explica por qué soy tan flaca. Ya me hicieron un montón de análisis y estudios y todo salió bien. El doctor dijo que me dejen en paz y que coma lo que se me pegue la gana.

Tan quitada de la pena, Araceli se sirvió el resto de la fruta y le puso otra montaña de crema y dos cerezas encima, a pesar de que Sapo quería guardar algunos duraznos para el postre de su papá para después de la cena. Ni modo, así era cuando uno tenía visitas tan especiales.

Después discutieron lo que podían hacer. Sapo estaba tan concentrado que hasta se le olvidó que él no sabía hablar con niñas.





Chencha



—Lo primero que tenemos que hacer es investigar de quién es el perro y exactamente dónde lo tienen guardado —dijo Sapo.


Salieron de su departamento y caminaron hasta que llegaron a la calle que estaba atrás de la suya. Como su edificio estaba justo en la esquina no fue difícil localizar el que tenía la prisión de Simón.

El primer problema fue que la puerta estaba cerrada.

—Y ahora, ¿cómo le hacemos para entrar? —preguntó Araceli.

—No te preocupes —contestó Sapo—. Tocamos cualquier timbre y cuando contesten y pregunten “¿Quién?”, digo “¡Yo!”, y nos abren.

Dicho y hecho. Tocó el timbre del 302 y luego luego les abrieron.



Entraron a la planta baja del edificio. Había un recibidor y, a los dos lados, el estacionamiento para los coches de los inquilinos. Enfrente estaba el elevador y una puerta que daba a las escaleras; a la izquierda, un pasillo, apenas alumbrado por un pequeño foco, que se perdió en la oscuridad.

Después de investigar el área de la entrada y no encontrar a Simón, se fueron por el pasillo y se encontraron una puerta de madera maciza con una cerradura. Un perro empezó a ladrar y arañar la puerta y supieron que habían encontrado la cárcel.

Sapo agarró la perilla y le dio vuelta. No sucedió nada. Sacudió la puerta. Se quedó bien cerrada.

—Estamos perdiendo el tiempo. Mejor vamos a ver de quién es —le dijo a Araceli.

Piso por piso, tocaron en cada puerta y preguntaron en cada departamento pero, a pesar de que todos sabían del cachorro, nadie conocía a su dueño.

En eso llegaron a la última puerta del último piso. Tocarón y alguien gritó:

—¿QUIÉN ME VIENE A MOLESTAR CUANDO ESTOY VIENDO MI

TELENOVELA FAVORITA? OJALÁ QUE SEA ALGO IMPORTANTE, PORQUE, SI NO, ME VOY A FASTIDIAR MUCHÍSIMO Y TODOS SABEN QUE ¡ESO NO ES NADA BUENO!

La voz —profunda, feroz y tan fuerte que parecía que su dueño hablaba a través de un altavoz— le pareció familiar a Sapo. ¿Dónde la había escuchado?

En el momento que se acordó, se detuvo en seco y jaló a Araceli del brazo.

—¡Híjole! ¡Vámonos! ¡Tenemos que huir ahora mismo! —exclamó, pero antes de que pudieran escapar, la puerta del cuarto se abrió de golpe y salió... ¡Chencha!

Chencha, quien odiaba a los niños, los adultos, los pájaros, los gatos, los perros, el sol, la luna, los helados, los balones de fútbol y las canciones de amor.

Chencha era conserje de un edificio en la cuadra. Hasta ese momento, Sapo no sabía exactamente en cuál edificio trabajaba. Lo único que sabía era que, desde el día que llegó, se había dedicado a hacerle la vida de cuadritos a todos los que vivían en la manzana. Le gritaba a la gente que pasaba y a los

niños los correteaba, escoba en mano (ya le había tocado), gritando: “¡Vete, escuincle mocosito! ¿No ves que estás ensuciando mi banqueta?”.

Todos la evitaban.

Todos cruzaban la calle para no pasar frente a ella.

Todos se escondían de ella, especialmente los niños.

Y no era para menos. Ahora que la tenía enfrente, se dio cuenta, al recorrerla con la vista de abajo hacia arriba, que, como siempre la veía de lejos, no se había percatado de su estatura real.

La montaña que era Chenchita se agachó para salir por la puerta. Cubierta con un vestido rojo con lunares blancos, un sucio delantal con flores amarillas y verdes, calcetines con rayas negras y azules y unos enormes zapatos de hombre, colocó sus manos en la cintura y lanzó una mirada fulminante hacia Araceli y Sapo.

Al verla, Sapo dio unos pasos en reversa y Araceli lo agarró tan fuerte que por poco le arranca el brazo.

¡Ay, nanita! Más vale que digan aquí corrió que aquí murió!, pensó el muchacho; no obstante, al acordarse de Simón

(y como los héroes de los libros) se armó de valor y dijo:

—Que... que... queremos saber de quién es el perro que está en el cubo de luz del edificio.

Chenchita se agachó hasta que su cara estuvo frente a ellos y gritó:

—¿Y A USTEDES QUÉ LES IMPORTA?

Les roció las caras de saliva.

¡Guácala!

Araceli y Sapo retrocedieron un poco más. Si bien Sapo tuvo ganas de salir disparado, se detuvo y exclamó:

—A mí, porque es cruel dejar a un animal encerrado y en esas condiciones.

—Niño metiche, no te metas en lo que no te importa. Ese perro es del Licenciado, el dueño del edificio. Me dijo que lo tengo que cuidar, aunque sabe que ¡ODIO A LOS ANIMALES MÁS QUE A LOS NIÑOS!

Sapo casi se quedó sordo pero insistió:

—¡No puede quedarse así! Está solo y triste porque nadie lo cuida o juega con él. ¡Se va a enfermar! Además, no puede hacer nada de ejercicio en ese lugar tan pequeño.

—¿Y a mí qué? —dijo la mujer—. Yo no estoy aquí para entretenerlo. Y espero





que no haga ruido porque, si lo hace, le voy a dar una tunda. Ya lo hice el otro día, cuando entré a limpiar el lugar. Me estuvo ladrando y meneando la cola, pero le di una vez con la escoba y no lo volvió a hacer. Ahora, nada más me ve y trata de esconderse. Ya lárquense antes de que me enoje con ustedes. Y no se les ocurra hacer algo con ese perro porque le aviso al Licenciado y ya verán lo que les pasa. Es un hombre muy importante, con muchas influencias.

La mujer agachó la cabeza, se metió de nuevo al cuarto y cerró la puerta tan fuerte que casi se formó un huracán.

Araceli y Sapo salieron del edificio y, arrastrando los pies, fueron al departamento del muchacho. Se sentaron en la cocina y platicaron, mientras Araceli se comió una bolsa entera de papas fritas nadando en salsa picante.

—¿Qué haremos? —preguntó Sapo—. Esa mujer es la persona más horrible que he conocido en mi vida y no podemos dejar a Simón con ella. Tenemos que salvarlo de alguna manera.

Los dos estuvieron pensando hasta que Sapo tuvo una idea tan buena que

se paró de un brinco y se puso a bailar como los brasileños durante el carnaval (bueno, no tan bien).

—¡Ya sé! —exclamó—. Hay que rescatarlo. Creo que sé cómo lo podemos lograr sin que se enteren Chenchá o el Licenciado. Vamos a hacerlo como en los libros de aventuras en la selva. ¡Ven a mi recámara para ayudarme a sacar algo!

Una vez en la recámara, caminaron por el pasillo que había entre las pilas de cosas que estaban en el suelo hasta que llegaron al clóset. Sapo empezó a aventar por la puerta un montón de zapatos, libros, ropa sucia, juguetes olvidados y hasta un sándwich que había perdido hace un mes. Por fin, en la repisa más alta y en la esquina más apartada, encontró lo que buscaba.

—¡Mira, Araceli! —dijo, y lo extendió sobre la cama.

Era una hamaca roja y azul que su papá y él habían comprado hace seis meses en la playa Hornitos, en Acapulco, durante un puente. Cuando regresaron a casa, su papá sacó el taladro y dijo:

—Voy a colocar dos taquetes en el techo de tu recámara y asunto resuelto.

La colgamos y en un rato vas a poder mecerte a todo dar y podrás imaginar que estás en la playa.

Sin embargo, su papá era un cero a la izquierda en el uso de herramientas. Por eso, después de varios intentos, dejó el techo como queso suizo y toda la recámara de su hijo cubierta de una gruesa capa de polvo de yeso.

—¡Uf! —dijo después de un rato cuando parecía que los dos se habían echado una bolsa de harina encima—. Creo que no lo estoy haciendo correctamente. Ya es tarde, mejor lo dejo para otro día.

Pero los días fueron pasando y, de nuevo, su papá se encerró en sí mismo y en su laboratorio y ya no hizo nada. La recámara quedó con el techo agujerado y Sapo guardó la hamaca en el clóset.

Ahora, al ver la hamaca, Araceli preguntó:

—¿Qué piensas hacer con eso?

—¿Verdad que en muchos cuentos de aventuras usan una red para atrapar a animales salvajes? —contestó.

—Sí. ¿Y?

—Vamos a usar la hamaca como red. Le amarramos unas cuerdas largas

a los dos extremos y la bajamos por la ventana del baño. Adentro le ponemos algo de comida y cuando Simón se meta a comérsela lo atrapamos, lo subimos a la ventana, lo metemos y ¡asunto resuelto! Va a ser muy fácil.

—¡Qué buena idea! —dijo Araceli—. ¡Vamos a conseguir la carnada y la cuerda!

Sapo sacó un paquete de salchichas del refrigerador y Araceli se comió una. Después, como en la casa no encontraron una cuerda, salieron a ver quién les ayudaba. Susana les prestó dos largos y gruesos trozos de mecate. Estaban algo viejos y desgastados pero no tenía otros.

De regreso, subieron corriendo al baño. Estaban amarrando la cuerda a los extremos de la hamaca cuando Sapo se asomó por la ventana y vio que, desde uno de los edificios cercanos, Mateo los espiaba con unos binoculares. Araceli lo vio al mismo tiempo y le hizo señas de que viniera con ellos.



La hamaca

—¿Por qué hiciste eso?

—preguntó Sapo.

—Porque Mateo es mi amigo y nos va a ayudar —contestó Araceli.

—¿Cómo quieres que ese pesado nos ayude? —dijo Sapo, molesto.

Mateo le caía pésimo porque le encantaba fastidiarlo, como había hecho hace poco en la escuela. Por lo general, cada que pasaba por su lugar en el salón le daba un zape en la cabeza. Era buenísimo para los deportes, especialmente el básquetbol; equis para los estudios, especialmente la ciencia, y las niñas estaban locas por él. Sapo se dio cuenta porque cuando lo

veían suspiraban y ponían ojos de borrego enamorado. Igual que cuando él veía a Araceli...

Cuando se mudaron a esa colonia y Sapo entró a la Líber, el primer día de clases a la maestra se le ocurrió la brillante idea de decir su nombre completito enfrente de todos. Desde entonces, Mateo lo repetía cada vez que podía. Lo decía con tono de asombro, como si no entendiera que alguien podía tener nombres como esos. Sapo pensaba lo mismo, pero primero muerto que decírselo, ¿verdad?

Además de todo, cuando corría en el patio, Sapo se sentía como una jirafa. Sus piernas eran tan largas y sus pies tan grandes que no era nada raro que, en la clase de deporte, se le enredaran y ¡suelo! Razón por la cual siempre tenía costras en las rodillas y codos. Menos mal que usaban *shorts* en esa clase, si no todos sus pantalones tendrían parches en las rodillas o estarían zurcidos (aunque era muy bueno remendando la ropa).

Según Sapo, lo único bueno que tenía Mateo era que era muy ocurrente. Una vez, durante el recreo, aventó una araña muerta al vaso del refresco de la

miss Edelmira. Ella se tragó enterito el refresco y ni cuenta se dio. Todos se bataron de la risa y ella ni enterada.

—Claro que Mateo nos va a ayudar —dijo Araceli—. Lo necesitamos porque no lo podemos hacer entre nosotros dos. Ustedes subirán al perro y yo lo meteré. Y no es un pesado. Lo que pasa es que no se conocen bien.

—¡No necesito conocerlo bien! Con lo que he visto me es suficiente —dijo Sapo, nada convencido.

Unos minutos después alguien tocó a la puerta. Era Mateo.

—¡Hola, Araceli! ¡Hola, Segismundo Anacleto Pafnuncio Osnaya! ¿Qué hacen? —dijo al entrar.

—No me digas así —contestó Sapo, ahora más molesto.

—¿Por qué? Es tu nombre, ¿no?

—Prefiero que me llames Sapo.

—Claro, porque tienes cara de sapo... —dijo Mateo, y se carcajeó.

Sapo estaba a punto de aplicarle la llave que le enseñó Pancho cuando Araceli interrumpió.

—Ya déjense de bobadas. Tenemos algo más importante que hacer que estar

discutiendo sobre tu nombre, Sapo. Ya que logremos sacar a Simón de ahí se pueden pelear todo lo que quieran. Es más, mis hermanos tienen guantes de box y si quieren hasta le hago de réferi.

Sapo se calló y no tuvo más remedio que contarle a Mateo lo de Simón. Sin pensarlo dos veces, Mateo dijo:

—¡Eso está muy mal! ¿Qué puedo hacer para ayudarlos?

Como no había tiempo para estar decidiendo si dejaba que los ayudara o no, Sapo le pidió que les echara una mano para bajar la hamaca, con un pedazo de salchicha al centro, por la ventana.

Fue muy difícil hacerlo. ¡Y eso que Sapo pensó que no tenía chiste y que rescatarían a Simón en un dos por tres! En una de esas, cuando él se asomó demasiado por la ventana, por poco se cae al vacío, pero Araceli lo detuvo de la camiseta justo a tiempo. ¡Si no fuera por ella, seguro se hubiera roto chorrocientos huesos!

Lo tuvieron que hacer varias veces, subiendo la hamaca y bajándola despacio y con cuidado. Al principio, no hicieron más que dejarla hecha una bola en el suelo; luego, poco a poco, aprendieron a

hacerlo para que quedara más o menos como querían: extendida algo abierta en el piso y con la carnada a la vista. Simón no ayudaba nada porque creía que jugaban con él. Cada vez que colocaron la hamaca la mordió, la jaló y se tragó el pedazo de salchicha. Lo bueno fue que estaba tan entretenido que no ladró ni una vez.

Por fin, después de como cien veces, Simón se cansó del juego y se acercó a olfatear la hamaca. Ya no quiso jugar con ella, pero cada vez que la pisaba con las cuatro patas y sentía que la empezaba a jalar se echaba para atrás. No hubo forma de hacer que se quedara en ella el tiempo suficiente para envolverlo como si estuviera en una red.

—¡Vamos, Simón! —dijo Sapo, casi susurrando—. ¡Métete de una vez para que te saquemos de ahí!

Simón no cooperó y, después de muchos intentos fallidos, Sapo frunció la boca y comentó:

—Esto no está funcionando. Estoy sudando la gota gorda y siento que se me van a caer los brazos. Vamos a intentarlo un par de veces más y si no se

puede tendremos que pensar en otro plan. Además, ya casi no hay salchichas.

De nuevo bajaron la hamaca y, de milagro, esta vez Simón se sentó justo a la mitad, agarró el pedazo de salchicha y, mientras la masticó, los miró y meneó la cola.

—Jala muy despacito, Segismundo Anacleto Pafnuncio Osnaya, para que no se asuste y salga disparado —susurró Mateo.

—¡Ya te dije que no me digas así!
—dijo Sapo, listo para discutir de nuevo, pero Araceli le dio un codazo y se acordó de Simón.

Por suerte, esta vez lograron envolver al perro en la hamaca y, poco a poco, lo subieron, a pesar de que Simón se meneó y sacudió como si estuviera cubierto de hormigas haciéndole cosquillas. Además, parecía que pesaba tanto como un hipopótamo.

Ya lo habían subido cerca de la ventana cuando, de repente, escucharon unas voces que venían de cerca de la puerta de la prisión.

Una era la voz inconfundible de Chenchá. La otra era de un hombre que

hablaba casi igual de fuerte que ella. Por eso no fue difícil oír la conversación:

—Chenchá, ¿cómo está el perro?

—Buenas tardes, Licenciado. ¿Cómo está usted, Licenciado? El perro está cuidado como usted me lo pidió, Licenciado —dijo Chenchá con un tono muy distinto al que usaba con todos los demás.

—Mañana a la una de la tarde vengo por él para llevarlo a mi rancho. Ahí ya tengo otros cachorros que convertiré en perros feroces que usaré durante las peleas que organizaré. Necesito que lo bañe y que su lugar esté limpio para que no se vuelva a ensuciar. No quiero que empuerque el coche.

—Sí, Licenciado; cómo no, Licenciado. Estará listo cuando usted llegue, Licenciado. Será un placer, Licenciado...

—Que así sea, Chenchá. Ahora, voy a hacer una llamada y después paso a verlo. Cuando venía para acá estaba pensando en llevármelo de una vez pero tengo una cita que no puedo cancelar. Además, ha de estar hecho un asco —dijo el Licenciado.

Sin pensarlo dos veces, porque ni modo que los vieran con las manos en la masa, bajaron a Simón lo más rápido que

podieron. En cuanto la hamaca llegó al piso, la sacudieron y el perro dio una voltereta, quedando con las cuatro patas al aire. Éste, al escuchar la voz de Chenchá, se puso de pie, metió la cola entre las patas y se escurrió hasta la esquina más lejana, donde se hizo bolita y se quedó temblando de miedo.

Desesperados, los muchachos subieron la hamaca de inmediato, pero no tuvieron tiempo de meterla al baño porque en ese momento escucharon abrir la puerta que daba al cubo de luz. De modo que la ventana se quedó abierta, la hamaca colgando afuera de ella y los tres sin moverse, viendo todo y tan tiesos como unas paletas de limón en el congelador.

El Licenciado se acercó a Simón, que trató de hacerse más chiquito, y lo jaló fuerte de una oreja, haciendo que aullara.

—Más vale que te vayas acostumbrando al dolor, perro pulgoso, porque tu vida estará llena de eso de ahora en adelante —dijo y se rio. Chenchá también se carcajeó.

Un momento después, soltó a Simón. El Licenciado y Chenchá salieron del patio, cerraron la puerta de golpe y

se escuchó el ruido de la llave girando en el cerrojo.

Fue cuando Sapo se dio cuenta de que se le había olvidado respirar y, por lo visto, a Araceli y Mateo les pasó lo mismo. Los tres se escurrieron al piso y ahí se quedaron, jalando aire hasta que pudieron hablar.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?
—preguntó Mateo en voz baja.

—Hay que bajar la hamaca de nuevo —dijo Sapo—. Total, si Simón ya se metió una vez seguro lo hace otra vez.

Pero en ese momento se dieron cuenta de algo terrible. ¡De tanto subir y bajar la hamaca, las cuerdas se habían frotado contra el marco de la ventana y estaban casi rotas!

Al ver esto, Sapo exclamó:

—¡Tenemos que pensar en otra cosa y tiene que ser algo que no falle! ¡No podemos dejar que el Licenciado se lleve a Simón! Las peleas de perros son terribles. Están prohibidas pero de todos modos las hacen a escondidas. Los pobres perros son muy maltratados y muchos se mueren de sus heridas. ¡Tenemos que rescatar a Simón a como dé lugar!



Los planes siguen adelante

Al oscurecer, cada quien se fue a su casa a pensar en un plan. Como vaca pastando, Sapo estuvo despierto muchas horas, rumiando un plan tras otro. Hizo la tarea a medias; después de cenar con su silencioso padre, lavó los trastes y se fue a su recámara. Se acostó y siguió piense y piense pero no se le ocurrió nada. Dio vueltas y más vueltas en el colchón y, aunque por fin se durmió un rato, a las 5:06 de la mañana abrió los ojos y ya no pudo dormir.

Se levantó de la cama, se puso la bata de cuadros y las pantuflas y se fue a la cocina, donde preparó café, un licuado de plátano y unas tostadas con frijoles, jamón y queso y mucho chile chipotle. Estaba a punto de darle una mordida a la primera tostada cuando tocaron quedito a la puerta. Cuando la abrió se encontró a Mateo.



Al verlo, estuvo seguro de que se vistió a oscuras y de que se puso lo primero que encontró, porque traía unos *shorts* de básquetbol morados, un suéter rojo con rayas verdes, calcetines negros y tenis blancos. No se había molestado en peinarse y tenía una lagaña en un ojo.

—Hola, Sapo —dijo.

Sapo estaba tan preocupado que ni cuenta se dio de que usó su apodo.

Mateo continuó:

—Desde mi ventana vi que estaba encendida una luz en tu departamento, supuse que eras tú y me salí a escondidas de la casa. Por suerte, Susana ya barría la calle y, como me ha visto por aquí y sabe que vivo cerca, me abrió la puerta del edificio cuando le dije que me urgía hablar contigo. ¿Pensaste en algo? Yo no tengo ni idea de qué hacer. Lo único que se me ocurrió es secuestrar a Simón como en las películas, pero no sé cómo sacarlo, además necesitamos un coche para emprender la huida. El problema es que no tenemos un carro y, aunque lo tuviéramos, no sabemos manejar ni alcanzamos bien los pedales ni tenemos licencia para conducir.

En eso tocaron de nuevo. Esta vez era Araceli.

Cuando Sapo la vio se quedó con la boca abierta porque Araceli traía puesto un cursi vestido rosa ampón, con holanes en el cuello y mangas y lleno de moños y encaje. Parecía princesita de cuento de hadas y nada más le faltaba la corona y las zapatillas de cristal.

Lo primero que Araceli hizo fue hacer una cara y decir:

—Si se ríen, me voy y no me vuelven a ver...

Sapo se volteó a ver a Mateo y éste le guiñó el ojo. ¿Sería que Sapo se había equivocado y Mateo no era tan malo como él creía?

—No pude dormir —continuó Araceli una vez que se instalaron en la cocina—. Me puse este horrendo vestido que tuve que usar cuando fui dama en la boda de mi prima porque era lo único que había en el clóset. ¿Se imaginan? Mi mamá está muy nerviosa por algo del trabajo y, como no puede dormir, ayer en la noche se le botó la canica y se puso a lavar toda la ropa que había en la casa. Agarró casi todo lo que hay en mi clóset

—mis uniformes, *jeans*, *shorts*, camisetas y sudaderas, menos este vestido, porque es de tintorería— y dejó remojando todo para que, según ella, se le quite la mugre. Ahora está dormida y, aunque me prometió que hoy mi ropa de la escuela estaría seca, itodo está empapado! Espero que al rato eche algo a la secadora para que siquiera tenga el uniforme del colegio, porque les aviso que primero muerta a que alguien me vea así.

Mateo y Sapo hicieron un esfuerzo enorme para no reírse. Sapo apretó fuerte los labios, aun así se le escapó un ruidito, como un silbidito, pero se lo tragó cuando Araceli le lanzó una mirada furibunda. Los vio fijamente y al ver que la escucharían sin burlarse, continuó:

—Salí de la casa antes de que se despertaran mis papás. Susana me dejó pasar cuando le dije que tenía que verte. Me dijo que ya había llegado un muchacho y supuse que era Mateo. ¡Qué bueno que ya están despiertos! ¿Tienen alguna idea? Estuve comiendo galletas con mermelada de chabacano y mantequilla de cacahuate toda la noche porque no pude dormir. ¿Podemos desayunar? Siempre pienso me-

jor con la panza llena... Además, hay prisa porque al rato tenemos que ir al colegio.

—Pues yo no voy —dijo Sapo, después de un momento—. Si voy a la escuela lo más seguro es que, cuando regrese, Simón ya no esté. Yo no sé qué quieran hacer ustedes pero yo me voy de pinta porque rescatarlo es más importante.

—¡Yo también! —dijo Araceli, sin pensarlo dos veces.

Mateo se sumó al proyecto y agregó:

—Tenemos que hacer la finta de que vamos al colegio. Si no, nuestros papás sabrán que andamos tramando algo y nos acompañarán a la puerta de la escuela. Hay que ponernos los uniformes y nos vamos para allá, como siempre; unos minutos después nos salimos y regresamos aquí. Ahora hay que planear el rescate, luego iremos a casa a ponernos los uniformes y nos vemos acá abajo a las 7:45 en punto.

Sapo preparó más tostadas y licuado y, mientras comieron, platicaron de los planes y descartaron uno tras otro. En eso, su papá entró a la cocina. Por suerte, se puso una bata porque debajo traía puesta su pijama más vieja, la que estaba cubierta de horrendos dibujos de conejitos

y zanahorias y llena de hoyos pero que no quería tirar porque decía que era la más cómoda que tenía.

Por lo visto, no se le hizo nada raro encontrar a dos niños extraños y vestidos de manera estrafalaria en la cocina cuando apenas salía el sol. Medio que abrió los ojos y susurró:

—Buenos días —se sirvió la primera taza de café y, mientras lo tomó a sorbitos, cerró los ojos de nuevo. Después de servirse la segunda taza se regresó, como zombi, a la recámara.

—¿Qué onda con tu papá? —preguntó Mateo.

Sapo les explicó lo del experimento que mantenía a su padre en ese estado.





Mateo dijo:

—Si mi mamá nos encuentra a los tres en la cocina a estas horas les hubiera preguntado a ustedes chorros de cosas en dos segundos: ¿Cómo te llamas? ¿Qué hace tu papá? ¿Cuántos años tienes? ¿A qué se dedica tu mamá? ¿A qué escuela vas? ¿Qué dijiste que hace tu papá? ¿En qué año estás? ¿Qué hacen en mi cocina a estas horas?

Araceli asintió con la cabeza.

—Mis papás son iguales... No sabes lo suertudo que eres. Oye, ¿y tu mamá? No la vi ayer que estuve aquí.

Sapo agachó la cabeza y, después de un momento, dijo:

—Mamá murió.

Mateo y Araceli se quedaron mudos.

Pasaron varios segundos totalmente en silencio, en los que ellos jugaron con los cubiertos y trataron de no mirar a Sapo.

Éste intentó no pensar en esa época gris de su vida, cuando el sol que lo acompañaba todos los días, dándole besos y abrazos, contándole cuentos, cantando, riendo y bailando con él, desapareció entre un montón de hierros retorcidos cuando, en un día lluvioso

y camino a la tienda a comprar pan y leche, un borracho se pasó el alto y se incrustó en su coche. Su papá y él se habían quedado en casa porque Sapo tenía catarro y ella no quiso que saliera. Eso fue lo que los salvó a los dos.

El entierro en el panteón de Dolores, visto a través de sus lágrimas borrosas, fue algo que se quedó grabado en su memoria. Hacía frío y el suelo del cementerio se vistió de una ligera capa de niebla que rondó los pies de la familia y amigos que los acompañaron. El féretro lució cubierto de flores blancas y su papá, parado junto a él, acarició la madera con manos temblorosas. Cuando lo bajaron al hoyo, el papá apretó a Sapo fuertemente a su lado y, cuando se fueron, lo cargó en sus brazos como si fuera un niño de tres años.

Después de eso su vida nunca fue igual. Al principio, su papá trató de ser como ella, pero su tristeza y la de su hijo llenaron cada rincón de su casa, por lo que él decidió que sería mejor no estar en un lugar que les traía tantos recuerdos y se mudaron a otro rumbo. Pasaron los días y las semanas y, con el paso del

tiempo, se ocuparon con el trabajo y la escuela. Sin embargo, su papá ya no fue el de antes: ya no llevó a Sapo al parque ni leía historietas o jugaba videojuegos con él. Era como una sombra que iba a trabajar y regresaba a la casa sólo porque ahí estaban su cama y, si se acordaba, un pequeño.

Hubo ocasiones en que no se dirigieron la palabra más que para saludarse en la mañana y despedirse en la noche.

Sapo se compadeció de sus amigos y dijo:

—Mi mamá era muy alegre y sé que no le gustaría verme triste todo el tiempo. La extraño un montón, pero trato de recordar los buenos tiempos que tuvimos y eso me ayuda. Papá también la echa mucho de menos.

Sapo no dijo nada de lo que le rondaba en la cabeza a cada rato, especialmente cuando estaban juntos —viendo la tele o en el súper o en algún otro lugar— y su papá se quedaba como ido, perdido en sus recuerdos. Por más que el muchacho no quisiera sentirse así, le parecía que ya no existía para él, que no le importaba lo que él hacía o pensaba... Era

como si fuera invisible. Y lo que él más quería era que su papá regresara a ser como antes para que no se sintiera como un huérfano por doble partida.

Araceli y Mateo siguieron sin decir ni pío, por lo que después de unos incómodos segundos de silencio Sapo dijo:

—Entonces, ¿qué vamos a hacer para rescatar a Simón?

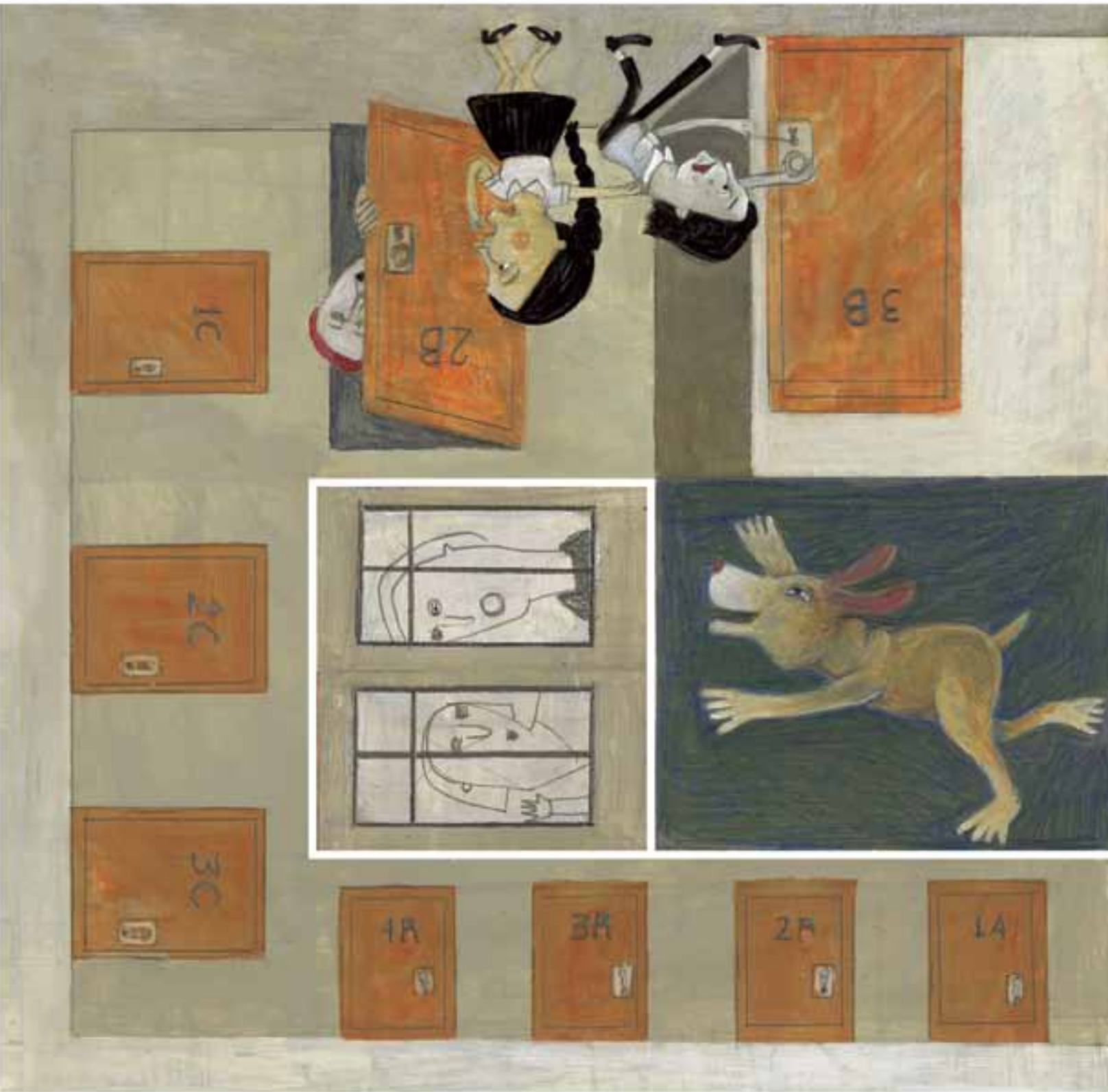
Y, con eso, siguieron la discusión.

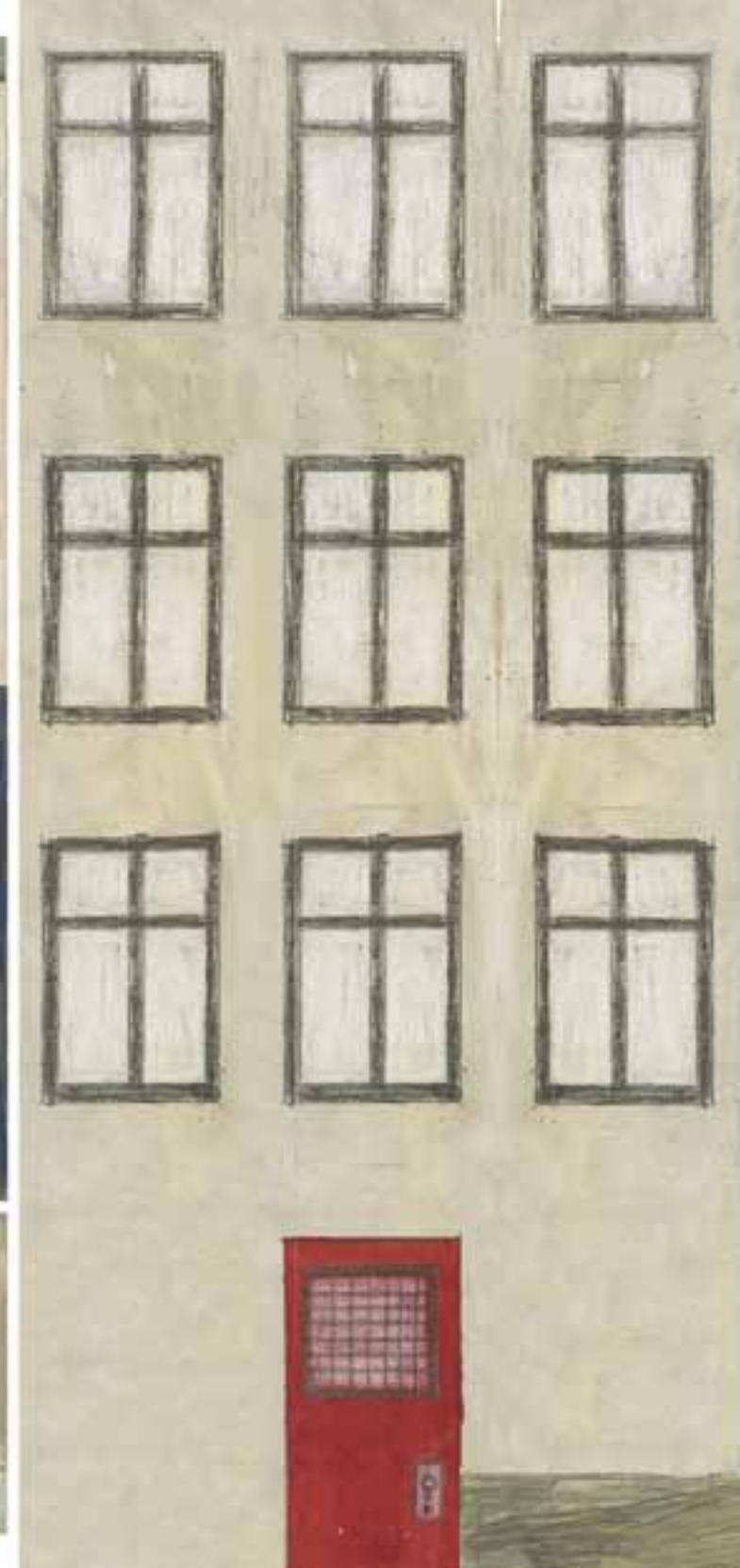
No se les ocurrió nada y los minutos corrieron como si participaran en un maratón en Chapultepec. Se acabaron las tostadas y continuaron con cereal (Sapo se dio cuenta de que Araceli tenía razón: uno piensa mejor con la panza llena...). Cuando terminaron con la caja, abrieron otra y nada de nada. El sol ya iluminaba todo el departamento y ellos ahí, sentados, sin llegar a ninguna conclusión.

En eso, Araceli suspiró muy hondo y dijo:

—¡Qué lástima que lo de la hamaca no funcionó! Si sólo fuéramos ladrones, entonces podríamos forzar la chapa de la puerta de la cárcel de Simón...

Al oír eso, Sapo tuvo otra de sus brillantes ideas.





¡Al rescate!



De lo más emocionado, Sapo exclamó:

—¡Vamos a hacer justo eso! Es muy fácil. ¿No lo hacen en las películas a cada rato? Los buenos y los malos abren las chapas en dos segundos con un pasador o una tarjeta de crédito y yo sé con qué lo podemos hacer, exactamente como los profesionales. Tengo lo que necesitamos en mi recámara. Váyanse, como quedamos, a casa a ponerse el uniforme, hagan como que se van a la escuela, se regresan y nos vemos abajo en un rato.

En el momento que Araceli y Mateo se fueron, Sapo se vistió y, de nuevo, se metió al clóset de su cuarto y aventó más cosas (¡guácala!, esta vez encontró una naranja podrida) hasta que localizó lo que necesitaba y lo metió en el bolsillo de su pantalón. Cuando salió del edificio, Araceli y Mateo ya estaban

listos, uniformados y con las mochilas a la espalda.

Mateo dijo:

—No tuve ningún problema. Mi mamá no me preguntó nada.

—¡Uf!, mi mamá por poco me estropea el plan —dijo Araceli, quien meneó la cabeza e hizo una mueca—. Sigue bien rara... Ayer en la noche fue la lavada de ropa y ahora me dijo que hace mucho que no caminamos juntas al colegio y que tenía ganas de hacerlo para que platicáramos. ¿Cómo se le ocurre, especialmente hoy? ¡Casi me muero! No saben la cantidad de cosas que tuve que decirle para que entendiera que no quería que fuera conmigo. Ha de estar de lo más sentida.

—Mi papá sigue en las nubes —dijo Sapo—, por eso nada más me despedí y le dije que nos vemos en la noche. Ni se dio cuenta de que traje lo que nos va a ayudar a rescatar a Simón.

Era una tira de metal larga y delgada que remataba en una punta aplanada.

—Es una ganzúa. Me la regaló Susana y me enseñó a usarla. Ella tiene varias porque, cuando los inquilinos

del edificio dejan las llaves adentro de su departamento, las usa para abrir las puertas. ¡Esto va a ser de lo más sencillo! Araceli, tienes que estar pendiente de Simón para que, en el momento que abra la puerta, lo agarres y corras a mi departamento. Mateo, vigila que no venga Chenchu. En caso de que la veas, tienes que distraerla. Salte a la calle y haz que te persiga. Eso nos dará tiempo para rescatar al cachorro.

Dejaron las mochilas escondidas adentro de un bote grande donde Susana guardaba papel, cartón, botellas de plástico y vidrio para reciclar, y regresaron al edificio donde estaba el perro; tocaron el timbre del 401 y, cuando alguien dijo: “¿Quién?”, Araceli contestó: “¡Yo!” y, como siempre, les abrieron. ¿Esto sería aún más fácil de lo que habían pensado?

Dejaron la puerta de la calle abierta de par en par, lista para el escape. Cuando vieron que el pasillo estaba desierto y en silencio, Araceli y Sapo corrieron hacia la puerta de la cárcel; mientras, Mateo vigiló cerca del elevador.

Las manos de Sapo sudaron y temblaron. No pudo a la primera ni a

la segunda ni a la tercera. Se secó las manos en el pantalón, agarró la ganzúa y ¡por fin la pudo meter! La movió de un lado a otro, como le había enseñado Susana, esperando que se oyera un clic y el cerrojo se abriera. No pasó nada. Lo hizo de nuevo, concentrándose y recordando cómo lo hacían en la tele y las películas. No pasó nada.

En eso, Simón ladró.

—Shhhh —murmuró Sapo—, no ladres que nos va a caer el chahuistle.

Pero Simón siguió ladrando, cada vez más fuerte.

Justo cuando sintió una diferencia en la cerradura, Araceli y Sapo escucharon el ruido del elevador. Un segundo después se oyó el sonido de las puertas abriendo.

Chencha exclamó:

—¡Mugroso perro! ¿No aprendiste que no debes estar ladrando? ¡Ahorita te voy a enseñar a no hacer ruido!

En eso, oyeron a Mateo gritar:

—¡Ey, Chencha! ¡Lero, lero, a que no me alcanzas! —seguido del ruido de sus pisadas saliendo a toda velocidad por la puerta de la calle, como habían quedado.

Chencha exclamó:

—Escuincle mocososo, ¿qué haces acá? ¡Vas a ver lo que te voy a hacer ahorita que te agarre! —seguido por los ruidos de la persecución.

Desesperado, Sapo siguió moviendo la ganzúa, pese a que sus manos sudaron y sus dedos se resbalaron.

—¡No puedo! —dijo.

—¡Sí puedes, Sapo! —dijo Araceli—. ¡Hazlo por Simón!

Se limpió el sudor de la frente con la manga del suéter, frotó sus manos en el pantalón y lo intentó otra vez. Moviéndola de un lado para otro hasta que se escuchó un clic, la puerta se abrió y Simón salió brincado y meneando la cola.

Araceli lo alzó, lo abrazó y salió corriendo del edificio y Sapo la siguió, pisándole los talones.

Cuando la vio doblar la esquina, rumbo a su edificio, pensó que ya lo habían logrado... hasta que alguien lo pescó por el cuello de la camisa y lo levantó tanto que sus pies revolotearon en el aire.





El remate

—¡Con que creyeron que me iban a engañar! —gritó Chenchá y le roció la cara de saliva—. No soy tonta y no corrí detrás de tu amigo. Estuve escondida acá afuera, esperándote a ti y a tu amiga. Ahora te voy a dar tu merecido. Después iré por el perro porque sé dónde vives...

Justo cuando vio que su puño venía directo a su nariz, a Sapo le vino a la mente *el gorila* y lo que le había enseñado Pancho. No pudo batir su pecho ni rugir, pero, como pudo, se meneó tanto que esquivó el golpe. Luego hizo un esfuerzo tan enorme (que hasta la fecha no sabe cómo pasó), se columpió e impulsó, levantó las piernas y las enrolló alrededor de la cintura de Chenchá para tumbarla.

No pasó nada.

Chencha no se cayó como lo hacía el oso de peluche.

Chencha más bien era como uno de los ahuehuetes de cientos de años que hay en Chapultepec.

¡Ay, ay, ay, esto está pésimo, pésimo, pésimo! ¿Y ahora qué hago?, pensó.

En eso, se acordó de la otra llave: *el tlacuache*. Hizo unos ruidos, como si se estuviera ahogando, cerró los ojos, desenrolló sus piernas y se hizo el muertito.

Chencha soltó su peso muerto. Sapo cayó al piso, se dio un tremendo trancazo y vio estrellitas. Jaló aire como desesperado. Cuando abrió los ojos, vio que el enorme puño derecho de la mujer se acercaba rápidamente a su cara. Le pegó en el ojo izquierdo. Ahora, además de estrellitas, vio a Júpiter y dos cometas.

Abrió el ojo derecho y ahora el puño izquierdo de Chencha se acercaba a su cachete derecho.

No tuvo más opción. Agarró la mano de Chencha y la mordió. ¡Guácala, sabía a mugre!

Chencha aulló y Sapo aprovechó para levantarse y huir. Los gritos de la

portera lo siguieron hasta que llegó a la esquina.

Aunque el ojo se le estaba cerrando, Sapo corrió como nunca y sintió el aire en su cara y pelo y escuchó sus pisadas rítmicas en el pavimento. ¡Fue un milagro que no se le enredaran los pies! Cuando llegó a su edificio, subió las escaleras de dos en dos y encontró a Mateo y Araceli esperándolo, Simón en los brazos de ella.

Mateo puso una mano en su hombro y dijo:

—¡Bravo! ¡Bien hecho, Sapo! Perdóname, estaba seguro de que me iba a corretear. Es más, no me di cuenta de que no lo hizo hasta un rato después.

—No te preocupes, Mateo —dijo Sapo, jalando aire al mismo tiempo que metió la llave en la cerradura—. Lo bueno es que ya tenemos al perro.

Entraron al departamento y cerraron la puerta de un golpazo. Apenas empezaban a respirar de manera normal cuando, de repente —*ipum, pas, pum!*—, alguien tocó tan fuerte que la puerta se cimbró.

Sapo se asomó a la mirilla y, ¡ay! eran Chencha y un hombre bajo, calvo y

con una enorme barriga cubierta con una apretada camisa de rayas con botones a punto de salir disparados.

Ella gritó:

—¡Mocosos! ¿No te dije que sé dónde vives? ¡Abre la puerta en este instante! El Licenciado y yo queremos al perro y nos lo van a entregar en este momento o los acusaremos de robo. No voy a perder mi trabajo por culpa de unos escuincles y ese pulgoso. O me lo das o tumbo la puerta de una patada.

Golpeó la puerta y casi la desprendió de sus bisagras.

Sapo le dijo a Araceli:

—Detén fuerte a Simón y espérame acá. Mateo, abres la puerta cuando te diga. Araceli, no te muevas ni sueltes a Simón, pase lo que pase.

Corrió al refrigerador y agarró la lata de crema *chantilly*. Con desesperación, la agitó con fuerza y se puso un montón de crema en la mano. Después se la embarró en el hocico al perro.

Cuando hizo una seña, Mateo abrió la puerta y el Licenciado y Chenchá, quienes estaban tratando de tumbarla con el hombro, se cayeron adentro.

Se levantaron, listos para agarrarlos... hasta que vieron a Simón.

—¡Ayy! ¡Tiene rabia! —gritó Chenchá y se fue en reversa hasta que se topó con la pared del pasillo, donde se quedó congelada un momento. Después salió disparada hacia la escalera. El Licenciado hizo lo mismo, galopando tan rápido, como caballo desbocado, que alcanzó y rebasó a Chenchá.

Sapo, Araceli y Mateo se asomaron inmediatamente por la ventana que daba a la calle y los vieron corriendo como locos hasta que llegaron a la esquina y los perdieron de vista.

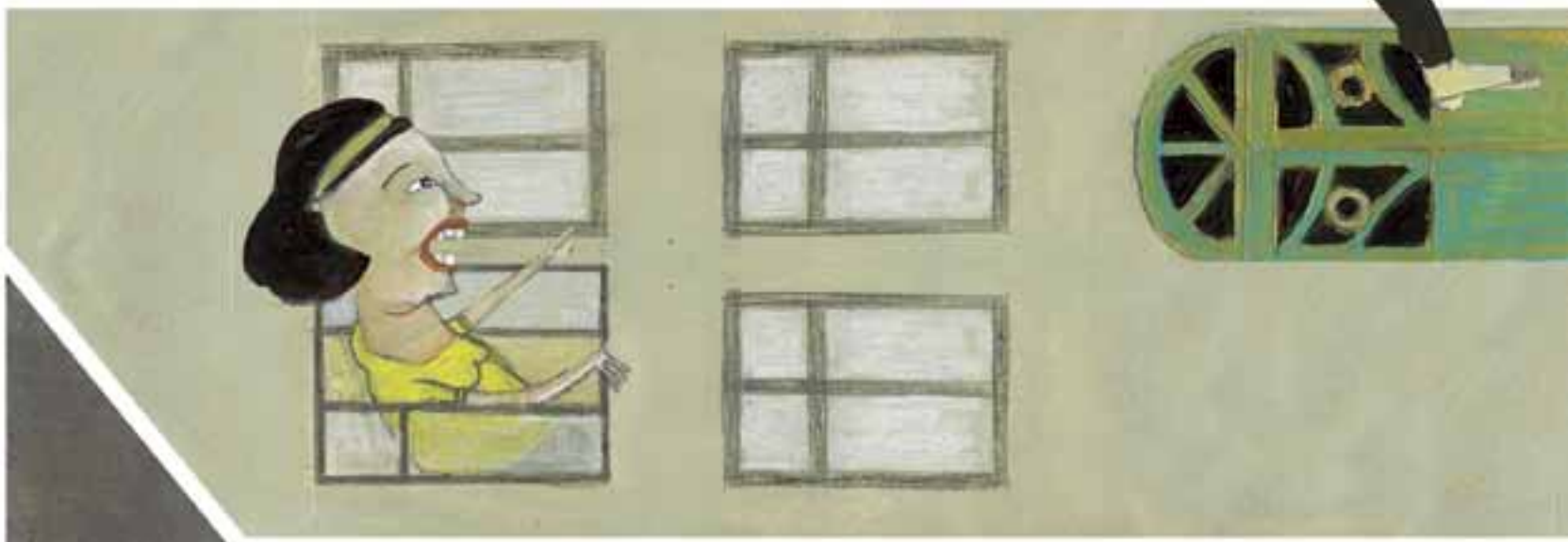
—Creo que ya no tenemos nada de qué preocuparnos, ¿verdad? —dijo Sapo; mientras, Simón se lamió el hocico y meneó la cola a cien por hora.

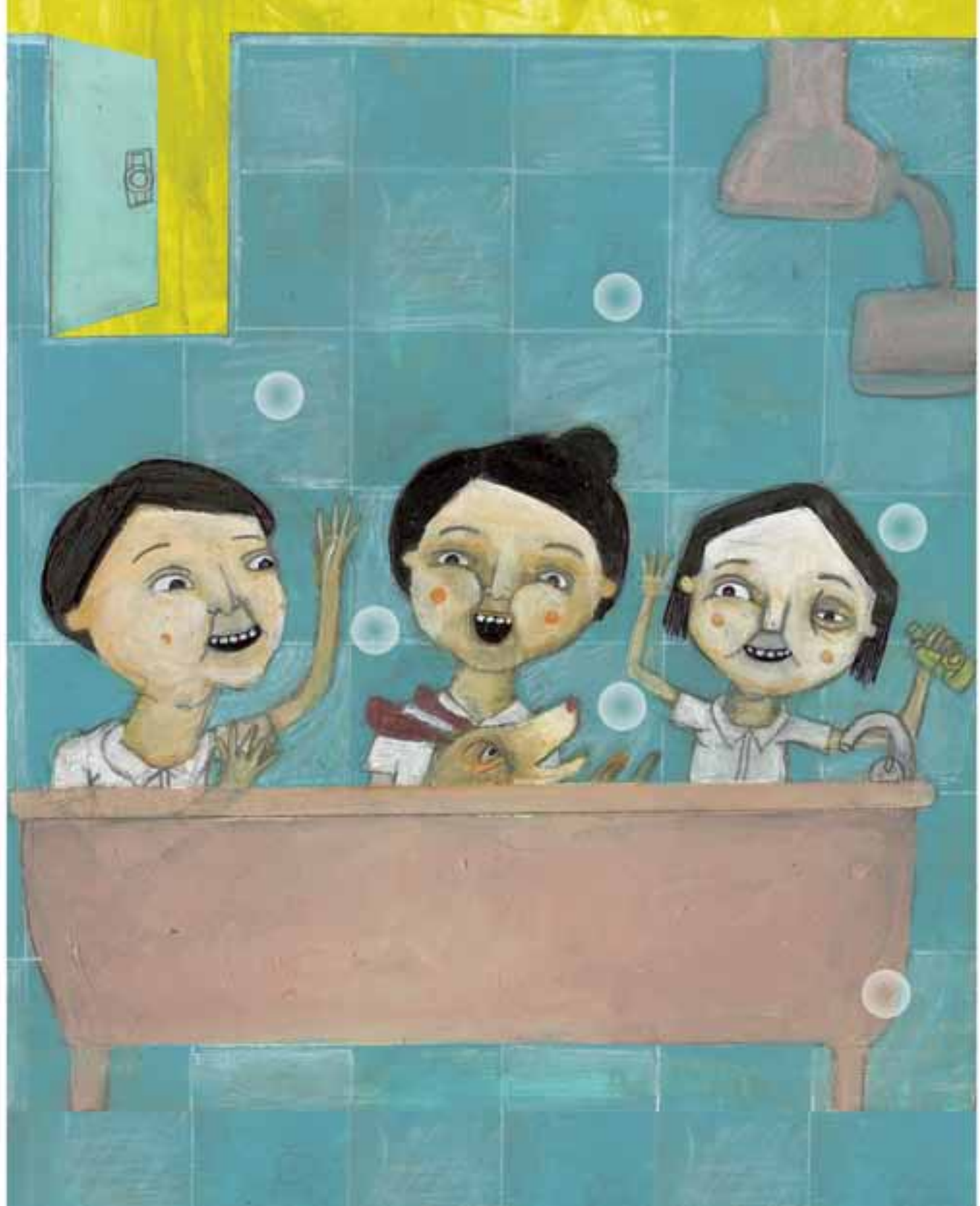
—¡Bravo, Sapo! —dijo Mateo y le dio una palmada en la espalda—. ¡Estuviste estupendo!

Araceli estaba tan contenta que hasta le dio un beso en la mejilla.

Sapo se puso tan rojo como un camarón recién hervido.







En la casa

Después de un rato, cuando estuvieron seguros de que Chenchá y el Licenciado no regresarían, dejaron a Simón en el piso. Lo primero que hizo fue un enorme charco de pipí y después se fue al baño y destrozó el rollo de papel higiénico. Luego atacó las chanclas nuevas de papá. Estaba tan contento que no dejó de menear la cola.

Lo bañaron en la tina con agua tibia y el champú perfumado de papá, ése que usaba para que no se le cayera el pelo, aunque no servía de nada. Lo secaron con la mejor toalla, le dieron de comer y beber y jugaron mucho con él.

Todo estaba perfecto, excepto por dos cosas. Una era que el ojo de Sapo estaba totalmente cerrado y de un tono morado y la otra era... ¿qué iba a pasar con Simón?



Cuando empezó a anochecer, Araceli y Mateo se despidieron para irse a merendar a sus casas.

En la puerta, Araceli dijo:

—Ya sabes que me encantaría quedarme con Simón, pero tengo demasiadas mascotas y mis papás ya me dijeron que ni una más.

Mateo lo acarició y comentó:

—A mí también me gustaría, pero mi mamá es alérgica a los perros.

Sapo se quedó callado pues no estaba seguro de qué iba a decir su papá cuando lo viera. ¿Le permitiría quedárselo? ¿O tendría que llevarlo a un refugio? Se puso triste sólo de pensarlo. Ya estaba tan encariñado con Simón que no imaginaba su vida sin él.

Antes de que llegara su papá, tomó su cepillo de pelo y cepilló a Simón hasta que brilló como el oro y le amarró un moño rojo en el cuello. Cuando escuchó abrir la puerta del departamento, le dijo:

—Pórtate bien —y lo dejó encerrado en su recámara.

Fue a saludar a su papá, quien, como siempre, tenía su mente en algo más, hasta que, por primera vez en mucho tiempo,

de veras lo miró. Lo agarró de la barbilla, lo observó con cuidado, lo abrazó fuertemente y exclamó:

—¡Qué barbaridad, Sapo! ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿Te peleaste con un niño en la escuela?

Antes de que Sapo pudiera decirle cualquier cosa, escucharon un ladrido.

—¿Qué es eso? —preguntó su papá.

—De eso quería hablar contigo

—dijo Sapo.

Lo tomó de la mano y lo llevó a la puerta de la recámara. En cuanto la abrió, Simón salió como bólido y le brincó a su papá.

—¿Y éste quién es y de dónde salió? —preguntó su papá.

Mientras su papá acarició a Simón, Sapo le contó todo lo que había sucedido y de cómo lo rescataron. Al mismo tiempo que él habló, su papá abrió y cerró los dedos de una mano, formando un puño como si quisiera pegarle a alguien. También susurró algo que sonaba como:

—¡Cobardes...! ¿Cómo se atreven a tratar a unos niños y a un perro así? Esto no se va a quedar así..

Después de un rato se tranquilizó un poco y Sapo siguió contándole. Cuando terminó, dijo:

—El problema es que ni Araceli ni Mateo se pueden quedar con él.

Papá lo miró por unos instantes, sonrió como antes y dijo:

—¡Ajá! Ya entiendo... Quieres que nosotros nos quedemos con el perro, ¿verdad?

Sapo detuvo el aliento y asintió con la cabeza.

Papá estuvo callado unos minutos y después dijo:

—¿Sabes, Sapo?, ahora que te vi lastimado me di cuenta de que, desde que murió mamá, he sido como un fantasma. ¿Sabes?, la extraño mucho, tanto que no me di cuenta de lo que te estaba pasando a ti. Te prometo que, de hoy en adelante, cambiaré para ser, de nuevo, tu papá, tal como ella hubiera querido.

Y otra vez lo abrazó fuerte, tan fuerte como lo hacía antes. Por un rato a Sapo hasta se le olvidó su ojo morado.

Papá sacó una bolsa de chícharos congelados del congelador y se la puso en el ojo. Después siguieron platicando sobre lo que había pasado ese día.

—Estoy de acuerdo contigo, Sapo —dijo su papá—. Nos quedaremos con Simón, pero ¿estás seguro de que lo vas a cuidar bien, lo llevarás al veterinario y lo sacarás a caminar tres o cuatro veces al día? Ya sé que suena a sermón, pero tener una mascota es una gran responsabilidad. Debe ser un miembro más de la familia y no algo que dejes olvidado en la azotea y de quien de repente te acuerdes. ¿Vas a jugar con él y enseñarle lo que puede y no puede hacer? Y, lo más importante, ¿lo vas a querer a montones?

De nuevo, y sin creer su buena suerte, Sapo asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo su papá—. A partir de ahora, Simón será otro miembro de la familia Osnaya.

Y así fue. Simón creció un montón y siempre recibía a Sapo en la puerta cuando llegaba de la escuela; supuestamente dormía en un tapete a un lado de su cama (la verdad es que en la noche se subía y se dormía pegado a él); destrozó innumerables rollos de papel de baño, se comió el tapete de la entrada, soltó montones de pelo dos veces al año, ninguna pantufla y calcetín estaban a salvo si

estaban cerca de él y se robaba todos los trapos y jergas de la cocina.

Cada domingo, papá y Sapo lo llevaban a pasear al lago de Chapultepec, donde él y los otros perros se la pasaban oliéndose la cola y corriendo de un lado para otro. Hasta se metía con sus amigos al agua a traer las pelotas que sus dueños les lanzaban. El agua estaba puerquísima y lo tenían que bañar cuando regresaban a la casa, pero le gustaba tanto que no se lo podían negar.

Era un perro feliz.

Nunca más supieron de Chenchu. Un día después del rescate, y gracias a que su papá le habló a la policía, llegó una patrulla por ella y se la llevaron con todo y sus tiliches. Los vecinos estaban tan contentos que hasta hubo fiesta en la calle. En cuanto al Licenciado, como hubo una denuncia en su contra, fue arrestado y se llevó a cabo una redada en su rancho, donde se rescataron a muchos cachorros que, después, fueron dados en adopción a casas donde los cuidaron y mimaron. Tampoco lo volvieron a ver.

Las cosas con su papá mejoraron mucho. Sapo y él se rieron como antes.

Claro que a veces, especialmente cuando su papá veía una foto de mamá o escuchaba una canción que a ella le gustaba, sus ojos se ponían tristes y su mente se iba volando a otros tiempos, lo cual estaba bien porque a Sapo le pasaba lo mismo.

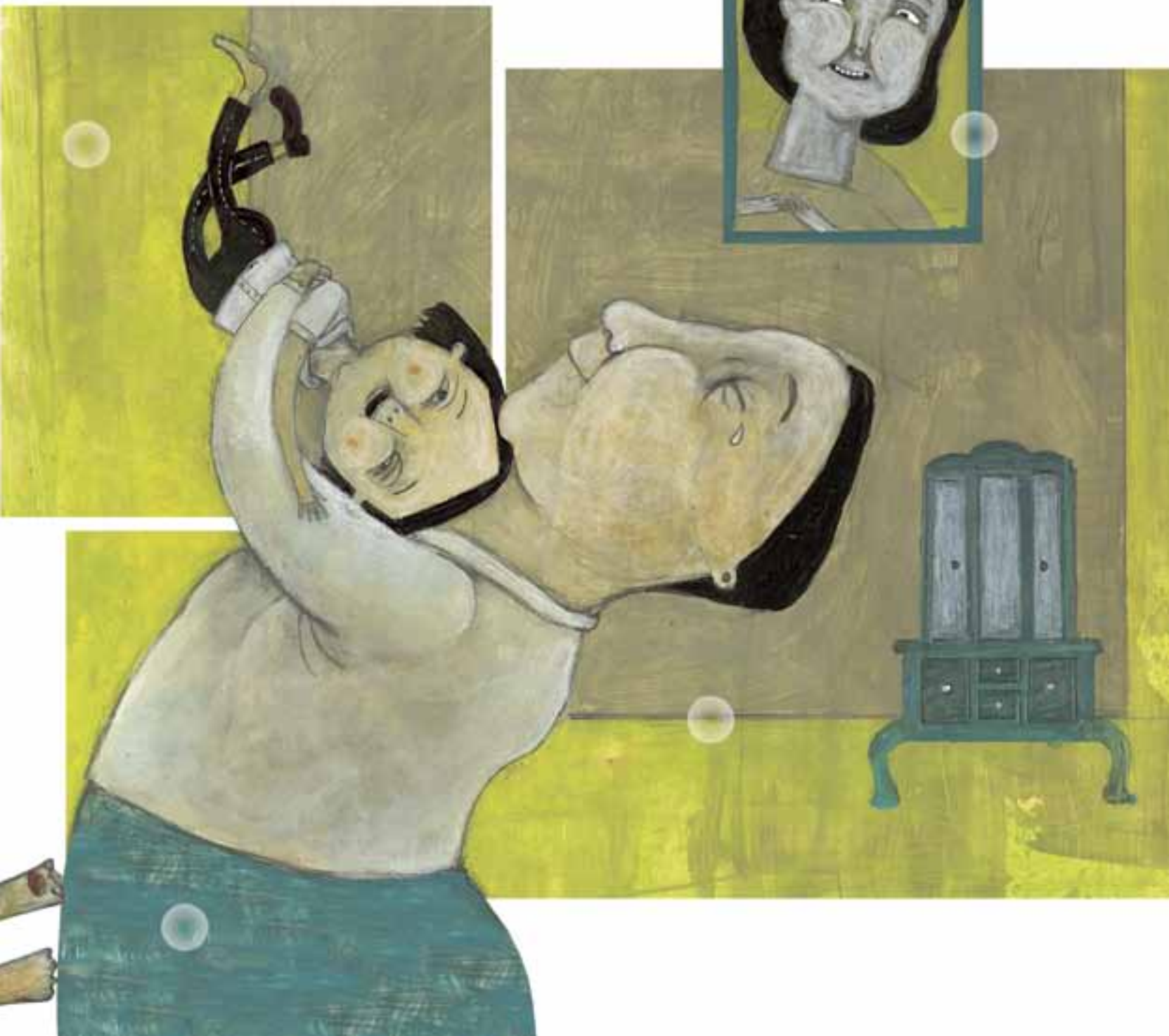
Araceli venía a visitarlo varias veces a la semana. Siguió vaciando el refrigerador, hacían la tarea juntos y siempre le traía algo de comer a Simón. Sapo ya no tuvo problemas para hablar con ella... pero con las otras chicas sí.

En cuanto a Mateo, se convirtió en un buen amigo de Sapo, aunque durante el recreo de repente le gritaba:

—¡Segismundo Anacleto Pafnuncio Osnaya! —y Sapo, obviamente, lo correteaba. Si es que no se le enredaban los pies y lo llegaba a alcanzar, le aplicaba una llave de lucha libre y se caían al piso botados de la risa.

Lo que Mateo no sabía es que hace poco Sapo se enteró de que su nombre completo era Mateo Osvaldo Contreras Ocampo y ya tenía el apodo perfecto para él.










Índice

¿Quién rescató a quién?...	7
Un día en la vida	9
En la escuela	17
Unos gemidos	21
En el supermercado	25
Chencha	31
La hamaca	39
Los planes siguen adelante	45
¡Al rescate!	53
El remate	57
En la casa	63



A colorful illustration of a young boy with spiky black hair, wearing a green t-shirt and black pants, running happily to the right. He is holding a small round object in his right hand. To his right, the hind legs and tail of a brown dog are visible, also running. In the background, there is a large green palm tree and a blue circular pool with a tiled edge. The scene is set on a light grey ground.

Judy Goldman (Ciudad de México) es autora de cuentos y libros para niños, los cuales han sido publicados en México, Estados Unidos, Brasil, Colombia y Austria. Seis de ellos forman parte del Programa Nacional de Lectura y otros aparecen en reconocidas listas de libros recomendados por IBBY México y la Fundación Cuatrogatos, de Miami, entre otros. Desde muy pequeña, y gracias a sus padres lectores que la rodearon de libros, historietas y revistas, se enamoró de ellos. Le gusta tanto leer que muy seguido tiene la nariz metida en uno y no sale de su casa sin el que está gozando en ese momento. Lee de todo, hasta la caja del cereal; no obstante, la fantasía es uno de sus géneros preferidos. Le encantan los animales, especialmente los perros, así como las enchiladas de mole, la sopa de fideo, el agua de tamarindo, las flores, los tacos y los buñuelos con piloncillo con una taza de café de olla. Tiene dos hijos, Daniel e Ilán, fotógrafo profesional con quien hizo dos libros. Ella, su esposo y su perra Sabrina viven en lo alto de una de las montañas del Estado de México que circunda a Ciudad de México.



Irma Bastida Herrera siempre ha tenido las orejas muy grandes; en ellas, desde pequeña, guarda las historias que sus papás le cuentan; ahí también almacena las letras favoritas de escritores y músicos. Con el tiempo ha desarrollado cierta habilidad que le permite traducir en imágenes las palabras de poetas, narradores y ensayistas que luego acomoda en libros para chicos y grandes. Cuentan por ahí que en 2013 recibió el reconocimiento Golden Apple de la Bienal de Ilustración de Bratislava por el libro *La lectura. Elogio del libro y alabanza del placer de leer*, de Juan Domingo Argüelles. Parte de su obra se encuentra en <http://ibasther.blogspot.com>



¡Al res ca te!

de Judy Goldman, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los talleres gráficos Editora Ágora, Privada de Hidalgo núm. 6, Santiago Miltepec, Toluca, Estado de México, C. P. 50020. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación y portada: Irma Bastida Herrera. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata, Erika Yanet Medina Trinidad (como parte de sus prácticas profesionales) y la autora. Supervisión en imprenta: Juan Carlos Cué Vidal. Editor responsable: Félix Suárez.